El papel de las huellas largas

Shyvirelle

Clara llegó al sendero de las huertas cuando todavía se veía el vapor sobre las acequias. Llevaba treinta años midiendo distancias ajenas y tres jubilada, pero conservaba la costumbre de salir antes de que las calles tuvieran testigos. En el pueblo la llamaban cartógrafa forense, como si hubiera dedicado su vida a buscar culpables. En realidad, la mayor parte del tiempo había dibujado lo que otros no sabían describir: una esquina sin luz, el tramo de una carretera donde se perdían las referencias, el espacio que quedaba entre dos indicios.

Aquella mañana el espacio estaba cubierto de papel.

Se extendía desde la tapia del lavadero hasta la bifurcación de los álamos. Era una lámina gris, encerada, tan lisa que la bruma no conseguía mojarla. En los bordes la sujetaban piedras corrientes; por el centro corría una arruga larga y recta, como un pliegue que alguien hubiera intentado borrar. Clara preguntó en el lavadero quién había preparado el camino. La mujer que barría la entrada no había visto nada. El repartidor aseguró que había pasado por allí al amanecer y que el sendero estaba desnudo. Ninguno parecía mentir.

Clara apoyó un zapato sobre el papel. La suela no dejó marca. Dio otro paso y oyó a sus espaldas un roce, parecido al de una regla deslizándose por una mesa. Entre los lugares donde había apoyado los dos pies apareció una raya negra, fina en los extremos y gruesa en el medio. Levantó el zapato. Debajo no había dibujo alguno.

Probó otra vez, esta vez junto a la orilla. La raya surgió entre una pisada y la siguiente, no bajo ninguna de ellas. A un lado, en la tierra húmeda, su bota sí estampaba el dibujo gastado del talón. Esa fue su primera observación: el suelo seguía guardando huellas normales; el papel no guardaba ninguna.

Sacó de su bolsillo el lápiz con que anotaba la compra. Marcó con dos piedras los puntos donde había apoyado los pies y midió el tramo intermedio con la cinta pequeña de su llavero. La raya era exactamente tan larga como aquel espacio. Cuando dio un paso más corto, la línea siguiente también se acortó. Segunda observación: el papel registraba lo que no había tocado, la distancia vacía entre un apoyo y el siguiente.

—¿Me haces sitio? —preguntó Matilde desde el extremo del camino.

Su vecina venía con una cesta de huevos y caminaba siempre deprisa, incluso cuando no tenía prisa. Clara quiso pedirle que esperara, pero Matilde ya había puesto un pie en la lámina. El papel crujió bajo las dos al mismo tiempo. Fue un sonido breve, de dos hojas pasadas juntas.

Matilde intentó avanzar y casi se cayó. El pie que levantó volvió a posarse pegado al otro. Clara, en cambio, dio sin querer una zancada enorme; el cuerpo tuvo que seguirla para no perder el equilibrio. En el papel se dibujó una raya tan larga como las dos anteriores sumadas.

—No puedo dar el siguiente paso —dijo Matilde.

No tenía la pierna paralizada. Podía levantarla, doblar la rodilla, mover el tobillo. Pero al caminar, el lugar donde debía caer su pie parecía haberse quedado sin distancia. Clara la sostuvo de un brazo y la ayudó a salir hacia la tierra. Allí Matilde avanzó apenas unos centímetros, como si el sendero continuara bajo sus zapatos.

Clara escribió su tercera observación en el reverso del papel de la compra: «Dos apoyos al mismo tiempo. El espacio de una pasa a la otra». No escribió que aquello fuera una ley. Era la explicación más pequeña que cabía en lo que acababa de ver.

En casa extendió sus notas sobre la mesa. Había dibujado líneas para incendios, accidentes y derrumbes; ninguna de esas líneas había querido llevarse lo que medía. Desde la ventana veía a Matilde cruzar su patio con pasitos agotadores. Los huevos seguían en la cesta porque no alcanzaba la cocina sin detenerse a descansar.

Al mediodía otros vecinos hablaron del papel. Un niño había corrido sobre él sin que ocurriera nada extraño. Dos hombres que transportaban una escalera se habían detenido justo antes de pisarlo juntos, y Clara sintió un alivio que le dio vergüenza. Había advertido a Matilde demasiado tarde. Esta vez salió a la calle y pidió que nadie utilizara el sendero hasta la mañana siguiente. No dijo que fuera peligroso de una manera conocida. Describió lo que había presenciado.

El alcalde prometió mandar a alguien a recogerlo al día siguiente. Mientras tanto, el papel seguía bajo las piedras. Nadie pudo levantar la primera esquina: se deslizaba de los dedos sin romperse, y cuanto más tiraban, más lisa quedaba sobre el suelo.

Al caer la tarde, Clara vio algo que no había anotado. Entre sus rayas de la mañana había una más: estrecha, oblicua, dirigida hacia el lavadero. Ninguna de las dos mujeres había caminado así. Estuvo un rato sin acercarse. Si el papel únicamente registraba intervalos, alguien había dejado allí uno que no pertenecía a ningún paso visible.

Matilde abrió la puerta de su casa sujetándose al marco.

—¿Has venido a decirme que mañana podré andar?

—He venido a intentar que puedas andar esta noche. Pero necesito que decidas si quieres probarlo.

Clara le explicó lo que creía saber y lo que ignoraba. No habló de encantamientos ni de remedios. Le propuso volver al sendero, sostenerse una a la otra y apoyar los pies a la vez. Si el espacio había pasado de Matilde a ella, quizá pudiera devolverlo. También podía ocurrir que las dos se quedaran sin camino.

Matilde miró el patio, los cuatro pasos que llevaba una hora tratando de cruzar.

—Prefiero saber dónde estamos cuando pase —respondió.

Fueron despacio hasta el papel. Clara notaba en las piernas el intervalo excesivo que había recibido: cada zancada pedía dos respiraciones. Matilde se apoyaba en ella. Las piedras del borde parecían más oscuras, aunque el cielo aún conservaba luz.

—No avances cuando yo lo haga —dijo Clara—. Primero levantamos el pie. Después contamos hasta tres y lo dejamos caer juntas. No importa cuánto recorramos.

Matilde asintió. Al primer intento sus pies no coincidieron. Surgieron dos rayas separadas. Al segundo, el zapato de Matilde tocó un instante antes. La lámina respondió con un ruido seco y nada cambió. Clara tuvo miedo de que el papel estuviera aprendiendo de ellas.

En el tercero dejaron de contar. Miraron las manos que las unían, respiraron a la vez y apoyaron el pie cuando sintieron que el peso de la otra descendía.

La raya larga junto a Clara se contrajo. La franja oscura se deslizó por el papel hasta el espacio vacío delante de Matilde. Su vecina avanzó una distancia natural, no grande ni milagrosa, simplemente suya. Soltó el brazo de Clara, dio otro paso y empezó a llorar de cansancio.

Clara también podía caminar con normalidad. Vieron cómo las rayas se borraban una a una. La línea oblicua que Clara no recordaba haber producido fue la última en desaparecer. El papel quedó blanco, liso, sin una sola señal de su extraña contabilidad.

Regresaron bordeando el lavadero. Matilde caminaba con cuidado, comprobando cada apoyo como quien escucha el agua antes de cruzar un puente. Clara contaba en silencio sus propios pasos. Uno, dos, tres. Al llegar a la bifurcación vio que las piedras ya no sujetaban nada: una ráfaga levantó el papel blanco y lo plegó sobre sí mismo hasta convertirlo en una tira tan estrecha que se perdió entre las hierbas.

Por primera vez desde la mañana se oyeron los grillos.

Clara dejó que Matilde se adelantara. Había recuperado la medida normal de sus piernas, pero se detuvo al notar que alguien ajustaba su ritmo al de ella. No escuchó un zapato ni vio movimiento en el polvo. Oyó únicamente un espacio exacto de silencio y, después, el leve desplazamiento del aire que deja una persona al pasar.

Clara se quedó inmóvil. A su lado, en la tierra húmeda, no apareció ninguna huella. Aun así, alguien invisible siguió dando, una y otra vez, el paso que ella había dejado.